

PRIMERA INSTRUCCIÓN: CUATRO HOMBRES SON SUFICIENTES

ÉRASE UNA VEZ un mapa. Un mapa cualquiera pero un mapa a fin de cuentas. Para algunos, el mapa. Para otros, aquel mapa. Érase, pues, un mapa. El mapa había sido utilizado durante años y años. Mucho tiempo. Trazó rutas, enseñó por dónde discurrían los caminos y ayudó a no perderse. Es la función que debe cumplir todo mapa: estar ahí cuando se lo necesita. Y este, sin duda, lo estuvo. En los últimos tiempos se consultaba tan a menudo, que alguien decidió que era mejor extenderlo sobre una mesa y dejarlo allí. De esta forma, quien quisiera, podría venir, mirar en él, suponerse informado y dar media vuelta sin perder un solo instante. Era un mapa, un buen mapa.

Pero he aquí que un buen día dejó de ser útil. Quién sabe a estas alturas por qué, pero dejó de prestar el servicio que con tanta diligencia había proporcionado a la comunidad a la que pertenecía. Quizás porque se hizo viejo. Quizás porque lo que en él estaba representado ya no se corres-

pondía con la realidad. O quizás porque tantos dedos trazando rutas imaginarias en él habían acabado por borrar las líneas, los nombres, las señalizaciones. Dejó de ser útil pero muchos siguieron haciendo uso de él. Estaba ahí, extendido en la mesa, y, sobre todo para los más jóvenes, nunca había existido el mundo de otra manera. Es un mapa, es el mapa, decían. Y se inclinaban sobre él aunque lo que reflejara no tuviese nada que ver con la realidad. ¿Quién decidió si la correspondencia se había convertido en insoportable? Nadie, nadie que pueda ser señalado con un dedo, nadie cuyo nombre deba ser pronunciado en voz más alta que el de los demás. Fueron todos al unísono o no fue ninguno. Así suceden las cosas: inadvertida y rotundamente.

Se decidió, entonces, que algo habría que hacer con él. No se puede tomar un mapa extendido sobre la mesa, arrugarlo en tres o cuatro movimientos inconexos y lanzarlo a la papelera. Simplemente no se puede. Se trataría de una falta de respeto, de un desprecio infligido sobre la propia comunidad. Era preciso, así, pensar algo más apropiado.

No existía, sin embargo, una costumbre establecida para deshacerse de los mapas viejos. Se preguntó a los más ancianos del lugar y todos fueron unánimes en la respuesta: un encogimiento de hombros y una palmada al aire, como para espantar moscas inexistentes.

¿Qué hacer en este caso? Se hallaban ante un problema de envergadura, un problema cuya resolución hubo de dilucidarse en una asamblea general. Se expusieron los antecedentes y fue explicada, con tantos detalles que a algunos terminó por aburrirles, la historia del mapa. Estaba allí desde siempre, primero plegado y guardado en un cajón, y más tarde extendido sobre la mesa. No existía nadie, vivo o muerto, que en algún momento no se hubiera acercado a él y hubiera realizado una consulta. Un excelente

mapa, sin duda, que siempre ayudaba no sólo a ir, sino, y más importante, también a regresar.

Tras los antecedentes, dos fueron las opciones: arrugarlo, y ya los murmullos de desaprobación se escucharon mientras se enunciaba el procedimiento, o doblarlo cuidadosamente en señal de respeto. El final iba a ser el mismo y el mapa, indefectiblemente, acabaría lejos de la vista y del uso de los miembros de la comunidad. Si este final era revestido del reconocimiento y respeto que un pliegue perfecto, ceremonial si se quiere, conllevaba, tenía que decidirse ahora. Y no parecía que nadie tuviese la más mínima duda.

Únicamente unos cuantos jóvenes se opusieron. Dijeron que había que deshacerse de él cuanto antes y sin aspavientos. Que alguien vaya, lo arrugue y lo lance a la papelería. Algunos se pusieron en pie y mostraron, visiblemente exaltados, su desacuerdo. Hablaron de la desvergüenza que suponía tal afirmación, explicaron que la comunidad jamás se había comportado así, que los tiempos, en definitiva, estaban cambiando. Los padres de los jóvenes que con tanta ligereza se habían expresado, sintieron el desánimo ante estos tiempos cambiantes que caía sobre ellos como una pesada losa. No sabían si podrían hacerle frente.

Y bien, si no por unanimidad, sí por amplia y generosa mayoría, la comunidad decidió que el mapa debía ser plegado como justo reconocimiento a los servicios largamente prestados. Cuando la asamblea se disolvía, muchos rostros de satisfacción intercambiaron sonrisas cómplices. Hemos hecho lo que debíamos, parecían querer decirse. Todos, todos y cada uno, los jóvenes discrepantes incluidos, durmieron plácidamente aquella noche.

Claro que, al día siguiente, se les planteó otro dilema. Un dilema menos conceptual que el del día anterior, un dilema, digamos, de orden práctico, pero un dilema de esos que cuanto más se piensa en él, más se enmaraña. ¿Y cómo

resolverlo? Difícil respuesta. Pero ya que ha sido adecuadamente identificado y que esto es lo único de lo que hasta el momento se dispone, bien podría de ahí extraerse alguna conclusión. Si la solución se aleja cuanto más se piensa en ella, no pensar en ella debe ser el único camino apropiado para encontrarla.

No fue preciso reunir al pleno de la asamblea. Esta sólo debía ser convocada para resolver cuestiones de máxima importancia. Para el resto, una comisión de expertos era la encargada de actuar. Además, habría resultado inviable, ¿no? Si nos reunimos continuamente para extraer conclusiones en torno a lo que nos rodea, dejamos de estar ahí fuera generando lo que nos rodea, haciendo que las cosas sucedan, que el mundo gire, que los conflictos nazcan, que exista lo que luego ha de ser dirimido. Por lo tanto, vivían en un frágil equilibrio de saberes y acciones que cualquiera podría echar a perder en cuanto se lo propusiese.

Menos mal que existía la comisión. Fue creada para evitar el colapso de la propia comunidad. En ella se delegaba todo aquello que no fuera esencial. De esta forma, la comisión se ocupaba de lo cotidiano mientras que en la asamblea residía lo excepcional. Decidir qué hacer con el mapa lo había sido, alcanzar una determinación en torno al procedimiento, también. Pero poner las decisiones en marcha era algo que ya no competía a la asamblea. Menudencias, insignificancias, debemos estar ahí fuera ocupándonos de que el mundo no se detenga. Eso mismo decían y con estas mismas palabras.

Tras el desayuno, la comisión se reunió a puerta cerrada. Que nadie les molestase al menos hasta la hora del almuerzo, indicaron gravemente. Sentados en suntuosas sillas, comenzaron a deliberar. Mejor dicho, a no deliberar, a evitar que la solución a lo que estaban pensando se les escapase como humo entre los dedos antes de encontrar la

respuesta. Dicho y hecho, no deliberaron un solo instante, pero aparentaron hacerlo.

Se miraban los unos a los otros como queriéndose recordar los preceptos: no penséis y, sin embargo, haced como que lo hacéis. En tal tesitura, la hora del almuerzo tardó mucho en llegar. Mucho, demasiado, demasiado para aquellos deliberantes algo entrados en años. ¿Y si pedimos un refrigerio?, se atrevió a sugerir uno. ¿Y perder, así, el *ric-tus* que tanto nos ha costado alcanzar?, respondió otro. ¡No!

Por fin, la respuesta llegó, como había de llegar, sola. No podían alcanzarla por deliberación, así que simplemente se les ocurrió. Estaba ahí, en medio de la habitación, suspendida en el aire, y, de pronto, se cayó. Cayó como la fruta madura cae del árbol. Cayó sobre la cabeza del más anciano de los expertos de la comisión y este no pudo hacer otra cosa sino gritar de alegría. He aquí la solución que estábamos esperando, dijo antes de añadir: cuatro hombres son suficientes para plegar el mapa.

Aquello funcionó como una liberación de las almas, de los cuerpos, de las identidades. Cada uno de los comisionados volvió a ser el de siempre. Abandonó la adustez en las miradas y la gravedad de las voces. Volvieron a esbozar sonrisas y la mayoría regresó a sus entrañables voces silbantes. Sin llegar a experimentar el mismo grado de alegría que aquel al que la solución le había caído encima, todos se sintieron aliviados. No es sencillo ser quien todo el mundo espera que seas.

¿Por qué cuatro y no tres? Sabían que más pronto que tarde se verían en la obligación de cuestionar el argumento, de modo que empezaron cuanto antes. La hora del almuerzo ya no estaba tan lejos y si las conclusiones definitivas no habían sido alcanzadas antes de que esta llegara, el procedimiento obligaba a prolongar la deliberación cuanto

tiempo fuera necesario. Al menos, esta vez sí, un breve refrigerio podía ser solicitado.

¿Por qué no cinco?, arreciaron las preguntas. El anciano experto, dueño y señor de la idea definitiva, sentía el acoso de sus compañeros. Trató de defenderse como pudo y no se le ocurrió nada mejor que ignorar las cuestiones. Decidid vosotros mismos, dijo. Yo he recogido la idea del aire. Estaba ahí y cayó sobre mi cabeza. Bien, aquí está. Vedla, añadió mientras extendía hacia delante las palmas de las manos como si la idea estuviera realmente allí. Y luego realizó un gesto propio de un mago aficionado y volatilizó lo inexistente en el espacio.

Dejémonos de tonterías o nunca podremos ir a almorzar. El presidente de la comisión, que hasta ahora no se había expresado, tomó la palabra. Cuatro hombres son suficientes para emprender el plegado. Esta es la instrucción. Démosla por adecuada no sin antes preguntarnos, una vez más, por qué. Debe existir un motivo, las razones tienen que estar ahí y nosotros hemos de comprenderlas para explicárselas a los demás.

Como si el resto de la comunidad sintiese interés por los detalles... Ellos estaban muy atareados generando lo que en realidad sucede, lo de ahí afuera, eso que alimenta el devenir y que trama un destino. ¿A quién le importa si son cuatro o cinco? O incluso seis, o doce, o dieciocho. ¿A quién le importa?

Posiblemente a nadie, pero no porque a nadie le importe, debemos ignorar el reglamento. Es responsabilidad de la comisión hacer las cosas siguiéndolo fielmente. ¿Qué otra función puede tener el reglamento si no es la de explicar cada extremo de un argumento? ¿Y si enviamos a cuatro de nuestros hombres a doblar el mapa y después resulta que con tres era suficiente? ¿Y si, peor aún, cuatro se revelan como pocos siendo preciso un número superior? ¿En

cuántas unidades superior? Son preguntas, preguntas aburridas pero en torno a las que es preciso deliberar cuidadosamente. No podemos permitir que nuestros muchachos yerren. Irán y harán el trabajo, seguirán nuestras instrucciones al pie de la letra, pero cada cual ha de ser responsable de lo que le ataña. Y a la comisión, desde luego, le ataña decidir cuántos han de ir a emprender el plegado.

De aquí nadie se moverá antes de que sepamos cuántos. Cuántos es la pregunta clave. Se ha dicho que cuatro son suficientes, pero hemos de hallar el motivo. Cuatro es un número y los números no significan nada por sí mismos. Tienen que ir asociados a un contenido, a algo que les dé valor, sentido y alcance.

¿Cuántos expertos componen la comisión?, preguntó uno de los expertos. El número es variable en el tiempo: menos de diez y más de seis dice la norma. Aunque no es inmovible y muchos pueden todavía recordar cómo en el pasado hasta trece expertos compusieron la comisión.

¿Y por qué? Cabe ahora decir que muchos comenzaban a hartarse de tanta pregunta. Porque así lo requirieron las circunstancias, porque aquel año hubo inundaciones, por mil razones que sería complejo enumerar. La comisión se ocupa de gobernar a las personas y nada existe más alterable que los mundos de los hombres. Somos así y por ello la norma no obliga sino sugiere y, cuando lo hace, es siempre por aproximación: un número superior o igual a seis y que no exceda la decena. Pero con posibilidad de ser obviado si es preciso.

¿El mapa es igual al mundo? No, es simplemente una representación del mundo, de lo que en él se encuentra, de lo que sucede en cada uno de sus puntos y, claro, del modo de ir de los unos a los otros. Así que el mapa no es lo mismo que el mundo, ¿no? Por supuesto que no. Se parece mucho a él, pero no resulta idéntico. En el mapa todo existe si-

multáneamente, todo es recordado de inmediato, ningún lugar, por recóndito que este sea, queda despreciado.

Algo que no sucede en el mundo de verdad, ese que la comunidad ahora mismo está construyendo con su apasionada labor ahí fuera... Su existencia es estática mientras que el mundo, lo que en él está ahora mismo sucediendo, evoluciona. ¿Qué nos importa a nosotros un mapa si, además, está desfasado? Fue útil en su día, fue útil en su día. Merece nuestro respeto.

En la estancia donde el mapa es expuesto, desde siempre, a la pública consulta, nadie ha abierto hoy las persianas. En realidad, hace días que nadie viene por aquí, así que el encargado de la limpieza pasa por alto la habitación en su habitual recorrido. Está convencido de que se le ha adjudicado más trabajo del que es capaz de sacar adelante y no descarta dirigirse a la comisión solicitando un ayudante. De momento, y mientras ese día llega, se conforma con pasar por alto las habitaciones menos importantes. Ya ha eliminado de su recorrido media docena de ellas y, claro, si existe una estancia en la que apenas nadie entra es en la del mapa. La puerta está cerrada pero no han hecho girar la llave en la cerradura. ¿A quién le importa un mapa viejo en el que los últimos avatares no tienen presencia? ¿Existe acaso alguien que, en su sano juicio, venga por la noche y, amparado en ella, se lo lleve sin permiso? Casi, bien pensado, hasta le haría un favor inmenso a la comunidad.

Sin embargo, el encargado de la limpieza sabe que, al menos una vez por semana, debe abrir, de par en par, las ventanas y permitir que la estancia se airee. Si el supervisor llega de repente y se da cuenta de que allí huele a cerrado, de que la humedad está apoderándose del lugar, de que, a este paso, todo se acabará echando a perder, su solicitud puede quedar arrinconada. Y si algo necesita en esta vida,

es un ayudante que alivie su pesada carga. No, hoy no es el muchacho de antaño.

Así que entra en la habitación del mapa, rodea la mesa, se dirige hasta la ventana y la abre de par en par. El aire ya no es tan fresco como en las primeras horas de la mañana, pero bastará. Cuando da media vuelta para regresar a su labor, pasa junto a la mesa en la que se despliega el mapa y no puede evitar mirarlo: es un viejo mapa, un mapa que a nadie interesa, que nadie consulta.

¿Y si él, sin la ayuda de nadie, lo pliega y ahorra el trabajo a los demás? Sin duda, sería un aspecto que, a la hora de valorar su petición, los miembros de la comisión tendrían en cuenta. Ha plegado, él solo y sin la ayuda de nadie, el mapa. Proporcionémosle, en justa recompensa, el ayudante que solicita.

Deja apoyados en la pared sus utensilios de limpieza y se inclina sobre el mapa. Se dice que no debe ser difícil, así que toma una esquina del mismo y la gira. No, no parece ser un buen camino porque el mapa no se pliega. No va a desistir tan pronto, de manera que toma otra esquina del mapa y lo intenta de nuevo. El resultado es idéntico: el mapa no se pliega.

En tantas veces como lo intenta, el resultado se parece misteriosamente. No, no puede hacerlo. Parece, a simple vista, muy sencillo, pero no lo consigue. Quizás porque no disponga de la preparación adecuada. Quizás porque no haya estudiado lo suficiente. Sí, sin duda es por eso. No en vano sólo consiguió el puesto de encargado de la limpieza. ¿Qué sabe él de plegar mapas? Mejor dejarlo como estaba y que los demás se encarguen de ello.

La jornada va a ser calurosa. No muy lejos de allí, los expertos de la comisión continúan discutiendo. Cuatro hombres son suficientes para plegar un mapa. Si envían

menos, no lo conseguirán. Si envían más, desperdiciarán el valioso esfuerzo de sus más aguerridos muchachos.

SEGUNDA INSTRUCCIÓN: LOS HOMBRES HAN DE SER VALIENTES

¿QUIÉNES ESTÁN HOY disponibles?, preguntaron. ¿Hoy? Sí, cuanto antes demos inicio al plegado, antes terminaremos. Es tarea sencilla y una vez que hemos llegado a un acuerdo en torno al número de hombres, no existe razón para posponerlo. No existía, claro, y por ello había que ver quiénes estaban disponibles.

Lo cual, dígase sin temor, no resultaba fácil. En la comunidad todos los hombres en edad de trabajar, esos a los que había que dirigirse para encomendarles la tarea, estaban ocupados en lo que se esperaba de ellos: labraban los campos adyacentes, trabajaban en los turnos de las fábricas, mantenían vivo el floreciente comercio. El resto, todos los que aún no habían alcanzado la edad que, primero la ley y después las costumbres, establecían para la vida productiva, no podían ser obligados a asumir los mandatos de la comisión. De igual manera, los viejos, todos aquellos retirados del trabajo, y también los enfermos, los lisiados, los

inútiles temporal o permanentemente, disfrutaban de la oportuna exención.

Así que los hombres válidos estaban, todos ellos, haciendo buena su valía. Difícil tarea la de convocarlos. Muchos de ellos hacían oídos sordos a la convocatoria. A fin de cuentas, los trabajos de la comisión no estaban remunerados. Al menos, no a la manera habitual. Cierto es que existía un sistema de compensaciones basado en el honor y el orgullo, en el prestigio y el aprecio con los que la comunidad distinguía a sus bienhechores, pero no era menos cierto que estos no ponían comida encima de la mesa. Razón más que suficiente para que muchos trataran de evitar las encomiendas.

Negarse en redondo, plantar a los expertos de la comisión con el mandato en la boca, habría estado mal. Muy mal. No, eso nadie lo hacía, nadie con el que se hubieran topado y cuyas manos estuvieran, en ese momento, ociosas, llegaba al extremo de decir no. Por otro lado, la voz se corría rauda e incluso aquellos que, por la razón que fuera, se hallasen más o menos desocupados, buscaban algo en lo que parecer sumamente atareados: una repentina limpieza general en el almacén, el repaso anual a los libros de cuentas, las máquinas parecen estar fallando y hay que permanecer muy atentos no vayan a causar un estropicio de proporciones inimaginables... Todos, por si llegaba el momento, tenían una excusa preparada de antemano y no dudaban dos veces a la hora de exponerla: lo haría con mucho gusto, sabéis que lo haría encantado, pero este es un mal momento para mí. Ahí quedaba resumido todo.

Los miembros de la comisión, lo eran además de la comunidad a la que servían, así que nada de lo que sucedía les pasaba desapercibido. Sabían que un hombre tiene que hacerse cargo de lo suyo, de lo inmediatamente suyo, que es su deber atender y cuidar de su gente y de su negocio. Pero

sabían, igualmente, que la tarea comunitaria también atañía a cada uno de los individuos del grupo. Que sólo obtuvieran a cambio de su prestación el reconocimiento fraternal de sus convecinos era algo que no les incumbía: la norma era esa, siempre había sido esa, y no existía razón para cambiarla ahora.

Salir a la calle, con el calor que hacía, y comenzar a buscar a los cuatro hombres era algo que no les entusiasmaba. Siempre que se hallaban en esta tesitura, bien porque, como hoy, hiciera un calor sofocante, bien porque lloviera a raudales, hubiera bajado la temperatura hasta helar el aliento o soplara el viento más gélido que jamás hubiese azotado comarca, trataban de convencerse de que un rato más tarde sería el momento propicio para emprender la búsqueda. Dentro de un rato, se decían. Y mandaban que les fuese servido un refrigerio.

Hasta que, por fin, a alguien, generalmente a uno de los más antiguos miembros de la comisión, le entraba el juicio suficiente para, dando un golpe con el puño cerrado en la mesa, afirmar rotundamente: ha llegado la hora. Entonces, el resto apuraba el bocado y se ponía en pie sacudiéndose las migas. Si no queda más remedio, ocupémonos del asunto.

Cuando la comisión de expertos salía a la calle, todos en la comarca tenían el peor día de sus vidas. Estaban ocupados, realmente ocupados. Ahora el problema residía en distinguir a los que realmente lo estaban de los que simplemente lo aparentaban. Por decirlo con una frase hecha: que no pagaran justos por pecadores.

Por suerte para ellos, aquel día no les fue mal del todo. En la primera media hora consiguieron enrollar para la misión a tres estupendos muchachos. Les faltaba uno, pero aún quedaba tiempo antes de que cayera el sol. Los tres jóvenes habían sido descuidados y la comisión se topó con

ellos cuando, en el sentido literal de la palabra, nada les ocupaba. Uno de ellos se apoyaba en la pared de un granero con la vista perdida en los montones de paja, otro bebía agua ayudándose de un cazo y el tercero dormitaba en el interior de un cobertizo. Ven con nosotros, ordenaban los miembros de la comisión, y el infortunado les seguía. Alguno quiso decir algo en su defensa, como que se encontraba haciendo un alto en su fatigosa labor, pero un dedo frente a una ligera sonrisa en el presidente de la comisión acalló cualquier protesta: síguenos.

Al menos, se convertirían en los héroes temporales de la comunidad. Iban a doblar el mapa, ellos, en persona, habían sido elegidos para doblar el mapa. Todas las jovencitas querrían bailar con ellos en la velada del sábado siguiente.

Dejaron la búsqueda del cuarto hombre para después de la cena. El calor habría disminuido lo suficiente para que salir de nuevo a la calle no se convirtiera en la tortura definitiva que acabase con ellos. No, no eran ya unos niños. Tenían que cuidarse y ni una sola de sus respectivas esposas les había dejado de repetir que lo de ocuparse de la comisión era tarea que debería recaer en otras manos. Alguien ha de hacerlo, replicaban ellos encogiéndose de hombros.

Ese mismo sentido del deber, de entrega incondicional a los demás, a los que, por otra parte, consideraban sus gentes, hizo que tras apurar el último sorbo de la tisana, salieran a la calle y emprendieran la búsqueda del cuarto hombre. Acudieron, no todos con la puntualidad adecuada, al punto de reunión. Los tres hombres ya elegidos habían sido, también, convocados. Protestaron, cómo no, pero nadie en la comisión salió en su defensa. Debían permanecer juntos a partir de ahora.

Tras deambular de un lado a otro, llegando incluso a penetrar en el bosque y a hundirse en el fango de la ciéna-

ga, regresaron a la calle principal: el que a esas horas quedara aún despierto, a buen seguro se encontraría en las intermediaciones. El calor ayudaba, como dijo alguno, a sacar los conejos de las madrigueras. Así sucedió con el cuarto hombre.

Fumaba su pipa en el porche de una casa tan vieja que parecía construida inmediatamente después de la creación del universo. No se habían demorado demasiado, no. Había que proveerse de un techo, luego se levantó la casa. Después, fue pasando de generación en generación y el cuarto hombre, junto a su numerosa familia, era quien ahora la habitaba.

El cuarto hombre tenía brazos fornidos y miraba sin arrepentimiento. Cuando divisó a la comisión no hizo nada. Cualquiera en su lugar, al verlos acercarse, se habría puesto en pie para aguardarlos en una posición, si se quiere, más digna. Pero él continuó sentado. Chupaba la pipa con parsimonia y regularidad. En medio de la noche, la incandescencia de la brasa, creciendo y menguando, parecía un corazón incapaz de extinguirse jamás. Servirá, pensaron todos los expertos de la comisión.

Cuando le explicaron la naturaleza de su misión, negó con la cabeza. No tenía ni idea de a qué se estaban refiriendo. No había acudido a la asamblea del día anterior y, a lo largo de la jornada que ahora tocaba a su fin, nadie había cruzado una sola palabra con él. Estuve muy ocupado en mis asuntos, dijo sin que con ello estuviera disculpándose.

Sin embargo, aceptó de inmediato la misión para la que era requerido una vez esta fue expuesta. Iré y lo haré, afirmó. Los miembros de la comisión no salían de su asombro. ¡Esperaban una inmediata negativa! Era lo habitual, una especie de rito que nadie parecía dispuesto a obviar. Pero él había aceptado en cuanto se lo solicitaron y esto,

con sinceridad, les descolocó. Tardaron un rato en rehacerse, recuperar el hilo de su consciencia y volver a hablar.

¿Y ahora? ¿Qué se suponía que tenían que hacer? Dar media vuelta, regresar cada uno a su hogar y entregarse al sueño. Por un lado, se lo merecían. Era lo que más anhelaban: sentir la suavidad de sus sábanas y dormir con las ventanas abiertas de par en par. Con un poco de suerte, al llegar la madrugada el ambiente refrescaría y ellos comenzarían el nuevo día con el cuerpo limpio de sensaciones y dispuesto para lo que habría de venir. Pero, por otro lado, en ese mismo instante estaban todos los hombres esenciales: ellos, los comisionados que dirigirían la misión y ellos, los cuatro hombres que la ejecutarían.

¿Es precisa alguna condición previa?, preguntó, de repente, el cuarto hombre. Tras hablar de aquella manera, se sintió bien consigo mismo y dio una larga chupada a la pipa. La brasa se infló e iluminó su rostro. Les miraba entrecerrando los ojos, como si un sol deslumbrante desafiara a la noche sólo para él.

Los expertos de la comisión se miraron los unos a los otros. Allí, en mitad de la calle, no parecían gran cosa. Hay carne que debe estar en el recipiente preciso para que aparente ser lo que en realidad es. Se miraron y en sus miradas, a diferencia de en la del cuarto hombre, no pareció vivir la inteligencia. Pero no, no nos dejemos llevar por las apariencias.

Un relámpago iluminó la comarca. No habían escuchado el trueno que suele acompañarles, de modo que todos se sobresaltaron. Todos, menos el hombre de la pipa. El escenario perfecto para la solemnidad. Podían haberlo dejado pasar, pero el presidente de la comisión logró reaccionar a tiempo y pudo decir justo cuando el último eco de la luz se apagaba: los hombres que asuman la responsabilidad de llegar el mapa deberán ser dignos de tal cometido.

Lo cual, dicho sea de paso, no explicaba demasiado. El cuarto hombre no dijo nada. Permaneció en silencio. Todos permanecieron en silencio. ¿Dignos? Bien, sí, claro que sí. Pero, ¿acaso alguno de los elegidos no lo era? Porque una cosa era que se mostrasen reacios a aceptar la misión, pero otra bien distinta que, una vez aceptada esta, no la emprendieran con el único objetivo de llevarla a buen término haciendo uso, para ello, de sus mejores cualidades. Ninguno poseía especial formación. Trabajaban en lo que la tradición les ordenaba: las familias iban legando los oficios de generación en generación. Sabían hacer eso para lo que habían sido educados. Pero también habían aprendido que a la comunidad se la honra y que está bien hacerlo, que uno se siente así mejor por las noches, que llegada la hora definitiva los tránsitos son más leves: estimó a lo suyos por encima de lo demás.

¿Nada más?, replicó por fin el hombre de la pipa. En realidad, parecía querer decir: ¿ser nosotros mismos será suficiente? Y, entonces, los expertos pensaron que no, que algo más debían ser. Lo peor de todo es que nada se les ocurría. Un nuevo relámpago iluminó el cielo. Y otra vez, todos se sintieron sobresaltados. Todos menos el cuarto hombre.

Los miembros de la comisión se observaron con esa mirada que sólo ellos sabían dedicarse. Quizás, sólo quizás, existiese una conexión especial entre ellos. Habían sido elegidos, cada uno, por méritos distintos, pero todos, todos, compartían una percepción exacta de lo que, en cada momento, era favorable para la comunidad. Diríase que, de tanto trabajar para ella, habían aprendido a ir un paso por delante de sus necesidades. Comprendían antes que nadie y, de alguna forma, intuían. En eso, sí, en eso, en cada intuición, en cada sorpresa, en cada sentimiento, ellos basaban el ejercicio de su gobierno.

¡Deberán ser hombres dotados de un arrojo especial!, exclamaron casi al unísono. Sí, hombres a los que no les tiemble el pulso ante las dificultades, hombres que sepan y puedan plegar sin titubeos, por el lugar adecuado y en el momento justo, hombres, en definitiva, fabricados en el mismo molde que nuestros héroes pretéritos.

¿Lo eran? ¿Eran los cuatro elegidos esos hombres sin temblores? Y una pregunta que deberían hacerse primero: ¿qué suponía la bravura? Tuvieron que responder antes de continuar y, cuando lo hicieron, supieron que no se trataba, tan sólo, de no flaquear en el reto, sino también, de saber emprenderlo aun cuando este no supusiera la gloria para los hombres. Hacerlo, en definitiva, a cambio de nada.

Les preguntaron, pues: ¿y si nadie supiera jamás vuestros nombres? Podemos enviaros a la misión y mantener vuestras identidades en secreto. Sí, eso es lo que haremos. Nadie sabrá que fuisteis, nadie sabrá si la habéis culminado con éxito. Nadie sabrá nada. ¿Podréis, en estas condiciones, hacerlo?

Los hombres se encogieron de hombros. En ese momento, el cuarto hombre se puso en pie, dio una profunda chupada a su pipa y habló largamente. Explicó que él mismo se encargaría de que nadie les fallara. Lo haremos, declaró, claro que lo haremos. Y añadió que los honores quedaban reservados a los débiles de espíritu. Ellos irían y lo harían sin más motivo que el humilde servicio a la comunidad. Rechazarían cualquier distinción con la que, en caso de tener éxito en la misión, la comisión quisiera recompensarles. Entrarían en la habitación del mapa, estudiarían cada una de las posibilidades que ante sus ojos se abrían, y después, optarían por la que ellos considerasen más adecuada. Juró, con una ceremonia que a punto estuvo de hacer saltar las lágrimas de los más viejos y sentimentales, que él empeñaba el buen nombre de su familia en el intento: aunque

nunca conozcan que lo hice, yo sabré que cuando lo que todos nosotros somos estuvo en juego, actué como debía. Y sentiré la felicidad y el gozo que en el secreto residen.

Los tres hombres restantes aprobaron con la cabeza. Hasta ahora, no lo habían tenido demasiado claro, pero las palabras del hombre de la pipa les habían hecho comprender. No tenían demasiadas oportunidades, a lo largo de sus vidas, de emprender algo que realmente mereciera la pena, algo que acabaría siendo impreso en los anales de la comunidad. Cuatro audaces hombres hicieron lo debido. Los niños escucharían la historia en las aulas de la escuela. Cuatro hombres plegaron el mapa y no reclamaron que sus nombres recibieran las honras que, por otro lado, sin duda se merecían. Ellos son el modelo en el que todos hemos de mirarnos. Su temple fija la meta de nuestras aspiraciones presentes y futuras.

Relampagueó en el cielo y ni uno solo de ellos se sobresaltó. He aquí cuatro hombres serenos, dijo el presidente de la comisión. Llamémosles los valientes y quedémonos tranquilos: estarán a la altura de lo que se espera de ellos.

**TERCERA INSTRUCCIÓN:
PLEGAR GEOMÉTRICAMENTE Y HACIA
EL INTERIOR**

SE ACERCARON AL mapa y movieron la vista sobre él pero no vieron nada. Se acercaron aún más y, entonces, pudieron verlos: rastros de uñas impresos en el papel. Y no uno, ni dos, sino decenas, quizás cientos. Un verdadero galimatías ininteligible. Porque los rastros no seguían un plan previo. De hecho, esta debía ser la primera vez que alguien los contemplaba como un verdadero conjunto.

Hasta entonces, los miembros de la comunidad se habían limitado a poner un dedo en un punto del papel, la mirada en otro y, con la punta del dedo, recorrer el espacio entre el primero y el segundo: sólo queda un surco en el mapa como prueba de su existencia. ¿Vive aún quien lo produjo? No lo sabemos porque los rastros no tienen nombre. Nada tiene nombre. Existe un mapa y ahora cuatro hombres, los últimos cuatro hombres, se inclinan por última vez sobre él. Han venido para plegarlo. Por decirlo sin ambages: para es-

tudiar, y emprender, la correcta forma de deshacerse de él. Ya no es necesario. Ya nadie viene a hundir sus uñas.

Sin embargo, existe una belleza que trasciende sobre la indiferencia. Así, vista como la ven los hombres, la miriada de rastros parece cobrar cierto significado a sus ojos. Como mirar el firmamento estrellado: desenfocar la vista y soñar con algo superior. ¿Puede haber sido creado sin un propósito aparente? ¿Tanta lucidez para nada? ¿Quién nos observa desde el otro lado del escenario?

El cuarto hombre es el que con mayor interés contempla. Se le ha apagado la pipa pero él insiste en chupar de ella, como en un gesto reflejo, como si la existencia o no de brasa resultara secundario. Una sola vez los demás le hacen notar la situación. Pero él no contesta y continúa mirando el mapa, así que no vuelven a hacerlo. Resulta una pérdida de tiempo.

Casi todo resultaba una pérdida de tiempo. Deberían hacer algo, ¿no? Habían ido a deshacerse del mapa, luego cuanto antes lo hicieran, antes podrían regresar a sus casas. Extrañamente, comenzaron a respetar los impulsos del cuarto hombre. Había algo en él que, por decirlo de alguna forma, inspiraba confianza. Parecía saber qué es lo que sucedía. Es decir, no lo obvio, que eso era conocido para todos, sino algo más, algo distinto y misterioso, tan secreto como claro a su presencia.

Así que se convirtió en el jefe de la cuadrilla. Un jefe no electo, pero tácitamente aceptado. Parecía saber, y ya poseía algo más que el resto. De hecho, basaba su poder de seducción en la apariencia: si los demás hubieran conocido lo que en realidad sabía, aunque esto hubiera sido, en cualquier caso, superior a lo imaginado, el misterio se habría quebrado y el liderazgo, por lo tanto, cuestionado. Mejor no saber nada ni mostrar el desconocimiento de saberlo.

El mapa, sin duda, pertenecía al universo de las transparencias. De hecho, era así por naturaleza. ¿Quién ha consultado alguna vez un mapa opaco? No, los rastros de la uñas en el mapa sólo existían porque la libre elucubración estaba permitida. No sólo permitida: el sosiego de la estancia en la que el mapa se alojaba invitaba a ello.

Muchos lo habían sido hasta el presente y el cuarto hombre lo supo. Pensó, entonces, que aquellos que les habían precedido, aquellos hombres y mujeres que habían consultado el mapa desde antaño, bien merecían un homenaje final. No estaba previsto, claro que no: terminar cuanto antes y regresar a casa. Pero estaban allí y merecía la pena. Eran lo que eran gracias a todo lo anteriormente emprendido, a todos esos rastros de uñas en el mapa.

Aquí ha quedado impresa nuestra memoria, dijo. Y añadió: el mapa es lo que somos y no somos otra cosa que trazos sin determinación, unos acertados, otros erróneos. Paseos en torno a los deseos, esperanzas que no siempre se cumplen, esbozos de lo que se ha querido ser. De lo que ya nadie sabe si ha podido ser.

¿Reconstruir el mapa? ¿Volver hacia atrás, investigar cada rastro, identificar al propietario de cada uña? ¡Imposible! Todos están muertos, todos están, probablemente, muertos. Y los que aún no lo están, son demasiado viejos para hablar. No recordarán, no querrán decirnos qué sucedió. Los jóvenes no consultaban el mapa. ¿Alguno de vosotros consultó el mapa? No, en él aparecen caminos que ya no existen y los que sí existen, no aparecen. El mapa es viejo. Sí, por eso nos han enviado a deshacernos de él.

Pero miradlo, miradlo con atención. Acercad vuestros rostros y ved: existe un mapa sobre el mapa. Está nuestra memoria aquí reflejada. ¿Qué importan los trazos individuales? ¿Qué importa quién los ha producido? No, ved el

conjunto: caminos que se ordenan ante nuestros ojos si el que mira lo hace en el lenguaje adecuado.

¿Un lenguaje para las miradas? ¿Para los ojos? Ver es algo que no se aprende. Están ahí los ojos y la mirada se desprende de ellos apenas sin darse cuenta. No establecemos estrategias para mirar. Miramos, eso es todo.

Pues ahora hemos de cambiar. Sí, pero, ¿por qué? Para homenajear al mapa. ¿Al mapa? Es un trozo de papel viejo. No, somos nosotros. Estamos ahí encerrados, ¿no lo veis?

No lo veían. Bien, intentemos algo nuevo. No hay tiempo para comprender. En verdad, no lo había. Disponían tan sólo de unas cuantas horas para hacer el trabajo y salir de la habitación. Al parecer, ya le habían encontrado un nuevo destino. Ahora será verdaderamente útil a la comunidad, dijeron. Eso mismo dijeron.

El plan del cuarto hombre consistió en trazar, él mismo y en nombre de los cuatro hombres, ¡no!, de la comunidad entera, un trazo final. No uno cualquiera, sino aquel que finalizaría a los anteriores, que los dotaría de significado, que se convertiría en definitivo, en conclusivo, en la interpretación de lo aleatoriamente existido. Como cuando alguien llega con el libro de claves y desentraña los galimatías. Como acercar una llama a un papel en el que se ha escrito con tinta invisible. Algo así.

Preguntó si alguien lo quería hacer. Se trataba de un gran honor y no quería, sin más, reservárselo para él. Pero los demás habían comenzado a dar vueltas en torno a la mesa y elucubraban sobre la forma adecuada de dar inicio a la misión. Date prisa, es todo lo que le pidieron. Renunciaban a los honores, renunciaban a lo accesorio.

Se dispuso, pues, a hacerlo sin la ayuda de nadie. Bien mirado, es lo que había deseado: explicar al silencio los motivos de su existencia. Inconscientemente, pasó la

yema del dedo pulgar de su mano derecha sobre la punta del índice de la misma mano. Sí, la uña sobresalía lo suficiente.

Y se inclinó sobre el mapa, con el dedo apuntando hacia arriba, como si estuviera cargado y no quisiera herir a nadie por accidente. Buscó los dos lugares, los dos lugares precisos en el mapa: dos puntos es lo único que cualquiera necesita para trazar un recorrido, mas uno de ellos debe ser conocido y el otro extraño si a eso le queremos llamar viaje, si deseamos que el mapa adquiera sentido, lugar, esencia, matiz, claridad. Por eso no tuvo prisa. Por eso se tomó, dentro de lo razonable, todo el tiempo necesario, a pesar de las protestas de los demás: después deberemos plegar de cualquier forma y quedará mal, dijeron a modo de reproche.

Él se mantuvo firme. Hasta se tentó la ropa buscando fósforos para encender su pipa. ¿Alguien tiene fuego?, preguntó con una lentitud exasperante. Para la pipa, añadió como si fuera necesario.

Elegió el puente sobre el río como punto de partida. Les preguntó si les parecía adecuado. El cuarto hombre creía que sí: un buen lugar por el que él había sentido predilección desde niño. ¿Sabéis? Bajo él me declaré a mi esposa. Había comenzado a llover. Apretó su dedo índice contra el lugar que en el mapa lo señalaba. Incluso aún era visible la inscripción: el puente.

Bien, ¿y el destino? Lugares a los que nunca había ido. Pocos, realmente pocos. Había recorrido, sobre todo en su juventud, la comarca de extremo a extremo. Incluso había ido más allá, siempre, claro, para regresar cuanto antes. Pero ahora debía ceñirse a lo de allí.

¿Has estado al otro lado del lago?, preguntó uno de los hombres. Por allí no suele ir demasiada gente, añadió a modo de justificación. No, no iba demasiada gente al otro lado del lago. Y no por ningún motivo en particular. Sim-

plemente no había nada que hacer allí: no se podía sembrar ni existía espacio suficiente para construir una fábrica. El lago no constituía una fuente de riqueza para la comunidad. Estaba ahí, eso era todo.

Sí, claro, mi padre me llevó en varias ocasiones cuando era niño, respondió. El hombre no iba a darse por vencido tan pronto: existe una cabaña. ¿Una cabaña al otro lado del bosque? Al parecer, hace de esto ya muchos años, un viejo se hartó de todo y tomó la resolución de acabar allí sus días. En soledad, sin nadie que le molestara. Dijeron que su decisión beneficiaba a todos, así que le dejaron ir. Construyó la cabaña con sus propias manos y, cuando fue preciso, varios hombres acudieron a ayudarlo. Alzaron las vigas maestras y le dejaron solo. Él se ocuparía del resto.

Buscó en el mapa el lugar que le sugería. Al principio, tuvo dificultades para hacerlo. Esto, en lugar de arrearle, le hizo sentir entusiasmo. No lo encuentro, pensó, no lo conozco. La segunda de las condiciones se estaba cumpliendo. Pero, ¿y si el mapa no recogía aquel lugar? Se trataba de un mapa exhaustivo, pero también pensado para ser útil: lo innecesario simplemente estaba de más y no aparecía.

Pero sí, por fin pudo encontrarlo. Un diminuto dibujo no demasiado lejos del borde del lago señalaba la cabaña. Ningún texto daba más noticia de ella, pero tenía que ser ella, sin duda, tenía que serlo. Quiso asegurarse y solicitó su opinión al resto: ¿creéis que podría ser esto?

Ninguno tuvo duda. Y aquí ha de señalarse que los hombres actuaron de buena fe. No se dejaron llevar por la impaciencia y opinaron en justo criterio: dijeron que sí porque sintieron que esa era la respuesta adecuada. Estaban seguros de no equivocarse. Cuanto menos, por eliminación: ninguno de ellos sabía de una cabaña al otro lado del lago, ninguno había visto una jamás. Luego si una aparecía

en el mapa, una y sólo una a lo largo de toda la orilla, tenía que ser la que buscaban.

Es la cabaña, afirmaron. Puedes fijar tu vista en ella y trazar el recorrido desde el puente sobre el río hasta ella. Será perfecto: un rumbo que nadie ha trazado jamás antes. El último rumbo sobre el mapa un instante antes de que desaparezca.

El cuarto hombre comenzó a sudar. Sentía que algo importante iba a suceder. En fin, se trataba de un rastro más, pero conocer que, tras él, nadie más lo volvería a hacer, dotaba al gesto de una trascendencia inusitada. Comenzó a deslizar la uña por el mapa. Comprobó que no era preciso ejercer demasiada presión: el papel, cansado tras años de servicio a la comunidad, cedía sin oponer resistencia.

Una gota de sudor resbaló desde su frente y cayó al mapa. Después, lo hicieron otras. El cuarto hombre sudaba, sentía cómo el nerviosismo provocaba cierto temblor en su cuerpo. Supo, sin embargo, mantener firme el brazo que trazaba la línea en el mapa. Siguió el curso del río hasta su nacimiento, torció a la derecha y continuó por la orilla del lago. Acabó rodeándolo y se dirigió, ya sin titubeos, hasta la cabaña. La cabaña al otro lado del lago. Sí, lo había conseguido.

Se incorporó. Extrajo un pañuelo del bolsillo y, sin dejar de contemplar su obra, se secó el sudor de la frente. ¿Es un buen trazo?, inquirió. Es un buen trazo, respondieron. Durante un momento nadie supo qué decir. Después, le alargaron la mano y se la estrecharon: ¿podemos continuar?

Podríamos plegarlo sin más dilación. ¿Cómo? Pues haciéndolo. Somos cuatro hombres, uno para cada esquina. Tomándolo desde ellas y hacia el centro. Puede obtenerse un buen plegado siguiendo este sistema.

El cuarto hombre, que tras el trazo último en el mapa ya no sólo se sentía la cabeza del grupo sino que, en realidad, lo era, se quedó pensativo: el sistema no es malo, pero no garantiza el éxito. ¿Cómo que no garantiza el éxito?, fue más una exclamación que una pregunta. Debemos doblar, y doblando se dobla.

Sí, pero es preciso plegar correctamente. Es decir, que nada quede al descubierto. Estamos finalizando lo existente. Sería, digamos, de mal gusto permitir que rutas por nuestros antepasados esbozadas quedaran al descubierto. El polvo se aposentaría en ellas, y los insectos, y la luz. ¿Sabéis que puede hacer la luz sobre el papel impreso? Porque el mapa es viejo, eso lo sabemos todos. Ha transcurrido, por ello, mucho tiempo desde que se imprimió. Pero, sabed, será más largo, mucho más largo, el periodo al que hoy damos inicio. El mapa será depositado en un anaquel y allí permanecerá durante decenios. Durante siglos, corrigió.

Asegurémonos, pues, de que queda bien plegado, de que pueda, en la mejor de las condiciones posibles, soportar su destino. Se lo debemos. Al mapa y a lo que representa: la memoria sida de una comunidad.

El hombre de la pipa tuvo una ocurrencia: la geometría siempre está del lado de los hombres buenos. De los hombres listos, de los que saben utilizarla, de los que extraen de ella conclusiones sensatas. Todo lo que merece la pena responde a su dictado. Observad cómo construimos, qué sistema utilizamos para arar los campos, de qué forma establecemos los proyectos.

¡No tiene nada que ver con las rutas en el mapa!, exclamó uno. No, porque el mapa es la génesis y lo demás conocimiento. Somos la industria y gracias a la industria nos movemos. Hemos creado una civilización que busca el orden, pero sabemos que los esfuerzos son necesarios para alcanzarlo.

Dicho de otra forma: tendemos a establecer una pauta lógica en nuestra existencia. Venimos del caos y, quién sabe, quizás nos encaminemos hacia el caos. Pero mientras tanto ordenamos nuestras existencias. Lo que está a nuestro alcance, y también lo que no lo está: como los cielos que se convierten en constelaciones, como los cursos de agua que encauzamos, como la buena educación en la mesa.

¿Qué somos? Bichos que se ordenan, como si lo salvaje no mereciera la pena. Estamos en la comarca y hemos utilizamos un mapa para saber sobre lo desconocido. De alguna forma, gracias a él nos adelantábamos a los acontecimientos: un dedo sobre el papel y una línea sinuosa. Vendrá tras ella un camino y la estructura prodigiosa que este explica. Las rutas por sí solas no enseñan nada. Es posible, no obstante, pensarlas de forma conjunta, levantar una catedral de esbozos en el aire, saber que algo más poderoso que la inmediatez del instante existe ahí fuera, que está aunque no lo veamos, que luce cuando una antorcha lo ilumina en la noche. Un edificio maravilloso que no incluye líneas torcidas: todas ellas han sido pensadas por alguien, todas responden a un motivo sólido, sea éste deseo, sea desazón o amor, impulso o certeza.

El cuarto hombre comunicó a los demás la instrucción: debemos doblar geoméricamente y hacia el interior pues sólo así queda garantizada la ocultación de nuestra obra, sólo así podremos preservarla del tiempo, sólo así evitaremos que se eche a perder. Que si alguien viene dentro de cien años y desea desplegar el viejo mapa, pueda hacerlo hallando intactas todas las rutas. Aquellos hombres hicieron lo que debían, diría: evitaron que el caos engullera la maravillosa construcción de las voluntades.